

da que la había hecho Mouret, y la amabilidad de Hutin, único goce de aquella mañana, recuerdo encantador que la llenaba de agradecimiento. Cuando atravesó el almacén, le buscó con la vista para darle gracias, y se entristeció al no verle.

—¿Qué tal, señorita, hay buenas noticias?— la preguntó una voz conmovida cuando llegó á la calle.

Se volvió y vió al jóven pálido y desmadejado que la había dirigido la palabra aquella mañana. También él salía de *La Dicha de las Damas*, y parecía más turbado que ella por el interrogatorio que acababa de sufrir.

—¡Dios mio! ¡si no sé nada!—respondióle ella.

—Como yo, entónces. ¡Tienen un modo de hablar y mirar ahí dentro! He venido para la seccion de encajes, y salgo de casa de Crevecœur, calle Mail.

Estaban otra vez uno frente al otro, y no sabiendo cómo despedirse, se pusieron encarnados. Luégo, para decir algo que saliese del exceso de su timidez, preguntó el jóven:

—¿Cómo os llamis, señorita?

—Dionisia Baudu.

—Bueno; pues yo me llamo Enrique Deloche.

Entónces sonrieron, y cediendo á la fraternidad de sus situaciones se tendieron las manos.

—¡Buena suerte!

—¡Sí, buena suerte!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

III

Los sábados, de cuatro á seis, ofrecia la señora Desforges una taza de té y pastas á los amigos intimos que iban á verla. La habitacion estaba en la confluencia de las calles de Rivoli y Argel, y los salones tenian luces al Jardin de las Tullerias.

Aquel sábado, cuando el criado iba á introducirle en el gran salon, apercibió Mouret en la antesala, por una puerta abierta, á la señora Desforges, que atravesaba el saloncito. Se detuvo al verla y entró para saludarla con aire ceremonioso; pero cuando el criado cerró la puerta, tomó vivamente la mano de la jóven, que besó con ternura.

—¡Ten cuidado, hay gente allí!—le dijo ella en voz baja, señalando á la puerta del salon.—He venido á buscar un abanico para enseñarlo.

Y con el extremo del tal abanico le dió alegremente á Mouret un golpecito en el rostro. Era una mujer morena, un poco gruesa, con dos hermosos ojos. Mouret la retuvo la mano y la preguntó:

—¿Vendrá?

—Sin duda—respondió ella;—me lo ha prometido.

Se referian al baron Decker, director del *Credito Inmueble*. La señora Desforges, hija de un consejero de Estado, era viuda de un negociante de Bolsa, que la habia dejado una fortuna, conocida por unos y exagerada por otros. Viviendo aún su esposo (deciase) se mostró agradecida al baron Decker, cuyos consejos financieros fluian en provecho de la casa, y muerto el marido debieron continuar las relaciones, pero siempre discreta y prudentemente. La señora Desforges no bullia, y se la recibia en la alta burguesia en que habia nacido. Aún al presente, en que la pasion del banquero, hombre escéptico, era casi paternal, se permitia tener amantes, que él la toleraba; pero ella hacia esto con tacto y me-

sura tan delicados, con una ciencia del mundo tan rectamente aplicada, que salvaba todas las apariencias, y nadie se hubiera permitido dudar alto de su buen nombre. Encontró á Mouret en casa de unas amigas de ambos, y le detestó al principio. Luégo se entregó como vencida por el brusco amor con que se la atacaba, y maniobrando al principio con astucia para conservar al Baron, se sintió poseida luégo de ternura verdadera y profunda. Le adoraba con la violencia de una mujer de treinta y cinco años que sólo confiesa veintinueve, desesperada al verle más jóven que ella y temiendo perderle.

— ¿Lo sabe todo? — volvió á preguntar Mouret.

— No; mas le explicaréis el negocio — contestó ella, cesando de tutearle.

Ella le miraba pensando que nada sabía cuando así la utilizaba para con el Baron, creyéndole simplemente antiguo amigo suyo. Él tenía la mano de ella entre las suyas, la llamaba su buena Enriqueta, y ésta sintió naufragar su corazón. Apoyó silenciosamente sus labios en los de él y le dijo en voz baja:

— ¡Chist! me esperan. Entra detras de mí.

Se oían voces en el salon, apagadas por los cortinajes. Abrió la puerta, que dejó sin cerrar, y entregó el abanico á una de las cuatro señoras que habia sentadas en el centro de la pieza.

— Ahí está — dijo. — La doncella no lo hubiera hallado jamas.

Y añadió, volviéndose alegremente:

— Entrad, señor Mouret. Pasad por el saloncillo y será ménos solemne vuestra aparicion.

Mouret saludó á aquellas señoras, á quienes conocia. El salon, con su mueblaje Luis XVI, de brocatel rameado, con bronces dorados, con cierta intimidad mujeril á pesar de la altura del techo, dejaba ver por las dos ventanas los castaños de las Tullerías, cuyas hojas barria el viento.

— No es feo este *chantilly* — dijo la señora Bourdelais, que tenía el abanico.

Era una rubita de treinta años, fina nariz y ojos vivos, amiga de colegio de Enriqueta, y se habia casado con un subjefe del Ministerio de Hacienda. Era de antigua familia burguesa y manejaba su casa y sus tres hijos con actividad, gracia y sentido práctico de la vida.

— ¿Has pagado el retazo á veinticinco francos? — Siguió diciendo, mirando el encaje malla por malla. — ¿Dices que en seis á una

obrero del país? No, no es caro; pero has tenido que montarlo.

— Claro — repuso la señora Desforges. — La montura me costó doscientos francos.

La señora Bourdelais se rió. ¡Enriqueta llamaba ganga á aquello! ¡Doscientos francos por una montura sencilla de marfil con cifra, y por un trozo de *chantilly* que la habia hecho ahorrar cien sueldos! Habia por ciento veinte francos abanicos iguales y montados ya, en una casa de la calle Poissonnière, que citó.

El abanico corrió de mano en mano. La señora Guibal apenas lo miró. Era una mujer alta y delgada, de pelo rojo, de rostro indiferente, en el que dos ojos grises tenían reflejos egoistas. Nunca se la veía con su marido, un abogado conocidísimo, que, segun decian, hacía por su parte una vida completamente suya.

— ¡Oh! — dijo la de Guibal, dando el abanico á la señora de Boves. — No he comprado dos en toda mi vida, porque tiene una tantos de regalo....

La Condesa contestó con ironía:

— ¡Qué feliz sois, querida, en tener un marido tan galante!

É inclinándose sobre su hija, muchacha de veinte años y medio, la dijo:

— Mira qué bonito trabajo el de la cifra, Blanca. La cifra ha debido hacer subir la montura.

La de Boves habia pasado de los cuarenta. Era una soberbia mujer, de aspecto de diosa, con un rostro regular y ojos soñadores. Su marido, inspector de remontas, se casó con ella por su hermosura. Parecia encantada de la finura de la cifra, como si un deseo hiciese palidecer su mirada.

— Señor Mouret — dijo de pronto — decidnos vuestro parecer. ¿Es cara la montura en doscientos francos?

Mouret estaba de pié y sonriente en medio de las cinco mujeres, interesándose con lo que las preocupaba. Tomó el abanico, lo examinó, é iba á hablar cuando el criado dijo desde la puerta:

— La señora Marty.

Entró una mujer delgada, fea y compuesta con complicada elegancia. No tenía edad: sus treinta y cinco años podian ser cuarenta ó treinta, segun la fiebre nerviosa que la animase. Un saquito de cuero rojo pendia de su mano derecha.

— Dispensadme, querida Enriqueta — dijo — con este saquito.... Al venir á veros entré en *La Dicha*, y como áun hago locuras, no he querido dejarlo en el coche por miedo á que me lo roben.

Apercibió á Mouret y le dijo riendo :

— ¡ Ah, caballero ! No lo decia por haceros propaganda, porque ignoraba que estuviéseis ahí... Teneis ahora encajes magníficos.

Esto separó su atencion de el abanico, que el jóven dejó sobre el velador. Las señoras se morian por saber qué habia comprado la señora Marty. Era conocida por su prurito por gastar, su debilidad ante la tentacion y su estricta honradez, incapaz de ceder ante un amante, pero inerme delante de cualquier trapo. Hija de un empleadillo, arruinaba al presente á su esposo, profesor de quinto año en el Liceo Bonaparte, quien tenia que correr la ceca y la meca hasta doblar su sueldo de seis mil francos para sufragar el presupuesto, siempre creciente, de su casa. Pero no abria su saquito, y se puso á hablar de su hija Valentina, niña de catorce años, una de sus más queridas coqueterías y á la que surtía como ella con las últimas novedades, cuya tentacion no sabia resistir.

— Ya sabeis — dijo — que este invierno se hacen á las jóvenes los vestidos con un pequeño encaje. Por eso, cuando he visto un precioso valenciennes.....

Se decidió al fin á abrir el saquito, y ya las señoras alargaban el cuello cuando se oyó el timbre de la antesala.

— Debe ser mi marido — dijo la de Marty con turbacion. — Tiene que venir por mí cuando salga del Liceo.

Cerró vivamente el saquito y lo ocultó en la butaca con un movimiento instintivo. Las damas se sonrieron y ella se avergonzó de su precipitacion; volvió á poner el saquito sobre las rodillas, diciendo que los hombres ni entendian ni debian saber nada de aquellas cosas.

— El señor de Boves y el señor de Vallagnosc — anunció el criado.

Aquello fué asombroso. La de Boves no contaba con su esposo. Éste, guapo mozo, con los bigotes á la imperial y el aire militar, que tanto gustaba en las Tullerías, besó la mano á la señora Desforges, á la que conoció de jóven en casa de su padre. Se apartó para que su compañero, hombre alto y anémico, pudiese á su vez saludar á la dueña de la casa. Pero apenas se reanudó la conversacion cuando se oyeron dos exclamaciones:

— ¡ Cómo ! ¿ Eres tú, Pablo ?

— ¡ Toma ! ¿ Es Octavio !

Mouret y Vallagnosc se tendieron las manos, mientras la se-

ñora Desforges se sorprendia. ¡ Cómo ! ¿ Se conocian ? Sí ; habian crecido juntos en el colegio de Plassans, y lo raro era que no se hubiesen encontrado ántes allí.

Hablando y sin soltarse de las manos pasaron al saloncito cuando llegaba el criado con el té y servicio de china sobre bandeja de plata, que colocó junto á la de Desforges, sobre un velador de mármol con filete de cobre. Se acercaron las señoras, hablando alto con frases interminables que se cruzaban, mientras el señor de Boves, inclinándose á ratos, decia alguna palabra con su galanteria de buen funcionario. Aquella pieza, tan alegre de mobiliario, se alegraba aún más con aquella conversacion mezclada de risas.

— ¡ Ah, este viejo Pablo ! — repetia Mouret.

Se sentó cerca de Vallagnosc, sobre un canapé, solos en el fondo del saloncito, coquetamente tapizado de seda boton de oro, lejos de oidos importunos y sin ver á las señoras, á quienes oian por la abierta puerta. Hablaron mirándose á los ojos y dándose palmaditas sobre las rodillas. Toda su juventud despertaba: el viejo colegio de Plassans con sus dos corredores, sus húmedos pasillos, el refectorio en que tanto bacalao se comia y el dormitorio en donde volaban las almohadas de cama á cama en cuanto se dormia el celador. Era Pablo de antigua familia, nobleza arruinada; siempre el primero en clase, y puesto por el profesor como ejemplo, prediciéndole gran porvenir. Octavio, al contrario, siempre el último en clase, hecho un holgazán y arrojándose fuera á placeres violentos. Á pesar de la diferencia de caracteres, les unió estrecho compañerismo, haciéndoles inseparables hasta tomar el bachillerato, el uno gloriosamente, el otro á duras penas, despues de dos pruebas inútiles. Luégo les separó el girar de la vida, y volvian á hallarse al cabo de diez años, más viejos.

— ¿ Qué eres ahora ? — preguntó Mouret.

— Pues..... nada.

Vallagnosc tenia, á pesar del encuentro, el aire aburrido, y como Mouret, algo asombrado, insistiese :

— Pero, en fin, tu harás algo.....

— Nada — respondió.

Octavio se rió. Nada no era mucho. Frase á frase acabó por saber la historia de Pablo, historia comun á todos los jóvenes sin fortuna, que creen deber á su origen el dedicarse á las profesiones liberales, y que bajan al fondo de una vanidosa medianía,

creyéndose dichosos cuando no se mueren de hambre con los cajones de la mesa llenos de diplomas. Él había hecho esto por tradición de familia; luégo quedó con el cargo de su madre viuda, que no sabía cómo colocar á sus dos hijas. Se avergonzó al fin de ser gravoso, y dejando á las tres mujeres que viviesen con los restos de la fortuna, había venido á ocupar un destino modesto en el Ministerio del Interior, donde se había incrustado como un molusco en su concha.

—¿Cuánto ganas?—preguntó Mouret.

—Tres mil francos.

—¡Pero eso es una lástima, amigo querido, y me apena por tí! ¡Cómo! ¡un chico tan fuerte, que nos cacheteaba á todos! ¿Y no te dan más que 3.000 francos despues de tenerte embrutecido cinco años? Eso no es justo. ¿Sabes lo que soy yo?—añadió.

—Sí—dijo Vallagnosc—me han dicho que estás en el comercio. ¿No es tuya esa gran casa de la plaza Caillou?

—Sí, justamente.

Mouret levantó la cabeza y le dió á su amigo golpecitos en las rodillas, repitiendo con la alegría del que no se avergüenza por el oficio que le enriquece.

—¿Te acuerdas de que era un haragan, aunque jamas me creí más inepto que cualquiera de aquéllos? Cuando me hice bachiller por contentar á mi familia, pude muy bien llegar á ser médico ó abogado como otros; pero esos oficios me daban miedo. Entonces arrojé al viento la piel de asno, y te aseguro que me he cascado bien la cabeza en los negocios.

Vallagnosc sonrió con embarazo y murmuró al fin:

—Tu título de bachiller te servirá de bien poco para despachar telas.

—Á fe mia—repuso Mouret jovialmente;—todo lo que pido es que no me estorbe. Ya sabes por tí que cuando se va con él entre los piés se adelanta poco, se va á paso de tortuga, miéntras los demas corren á toda máquina.

Notando luégo que su amigo parecia sufrir, le tomó las manos y continuó:

—Vamos á ver: no quiero disgustarte, pero confiesa que tus diplomas no han satisfecho ninguna de tus necesidades. Ten entendido que mi jefe de la seccion de sedería cobrará este año más de 12.000 francos; es muchacho de gran inteligencia, que se ha limitado á la ortografía y las cuatro reglas. Los dependientes or-

dinarios ganan en mi casa de 3 á 4.000 francos, más que tú, sin haber gastado, como tú, en instruirse, ni haberse lanzado al mundo con la promesa firmada para conquistarle. No todo es ganar dinero. Entre los pobres diablos bartos de ciencia que llenan las profesiones liberales sin tener qué comer, y los muchachos prácticos trabajados por la vida, que saben á fondo su oficio..... yo no dudo, á fe mia, por éstos contra aquéllos, y creo que entienden mejor su época.

Estaba elocuente. Su voz se había templado é hizo volver la cabeza á Enriqueta, que servía el té. Cuando él la vió sonreír en el fondo del salon y apercibió á dos de las damas que escuchaban, repitió su primera frase.

—En fin, excelente amigo, en todo chicuelo que empieza hoy hay un gérmen de millonario.

Vallagnosc se estiró blandamente sobre el canapé. Tenía los ojos medio cerrados, en una postura de cansancio y desden, en la que un átomo de afectacion se mezclaba al decaimiento real de su raza.

—¡Bah!—murmuró—no merece tanto la vida.

Y como le mirase Mouret con profunda sorpresa, añadió:

—Todo llega y no llega nadie. Permanezcamos, por tanto, con los brazos cruzados.

Entónces mostró su pesimismo ante las dificultades y desengaños de la vida. Pensó por un momento en la literatura, y de su trato con los poetas le quedó hastío. Convino en la inutilidad de gastar fuerzas, en el fastidio de las horas, vacías por igual, en la necesidad final de la vida. No creía en los placeres, como no fuera en el de hacer daño.

—Vamos á ver—dijo por fin—¿te diviertes tú?

Mouret estaba estupefacto.

—¡Que si me divierto!—exclamó.—¿Qué diantre cantas ahí? Me divierto, sin duda, y cuando siento que todo cruje, me enfurezco. Tengo pasiones y no tomo la vida tranquilamente: esto me interesa por ella.

Dió una ojeada hácia el salon y dijo, bajando la voz:

—He tenido mujeres que me han aborrecido, ciertamente. Pero cuando tengo una, la tengo, ¡qué diablo! Esto no se ve siempre; pero cuando sucede, tomo mi parte, te lo aseguro. Y no son las mujeres las primeras de quienes me burlo. El querer, el obrar, el crear, en fin. Tienes una idea, te sacrificas á ella, la

hundes á martillazos en ajenos cerebros, la ves crecer y triunfar.....

¡ Ah, sí, me divierto!

Todo el placer de la accion, toda la alegría de la existencia palpitaban en sus palabras. Repitió que era hijo de su tiempo. Era preciso estar mal conformado y tener el cerebro y los miembros inmóviles para no luchar cuando el siglo entero se arrojaba al porvenir. Despreció á los desesperados, á los hastiados, á los pesimistas, á todos esos enfermos de nuestras ciencias primerizas, que tomaban aires llorones de poetas ó aspectos de filósofos escépticos en el centro del inmenso laboratorio contemporáneo. ¡ Bonito papel el de bostezar ante el trabajo de los demas!

— Ese es mi único goce — dijo Vallagnosc friamente.

El ardimiento de Mouret se apagó, y siguió afectuosamente:

— Este Pablo siempre el mismo, siempre paradógico. No nos hemos hallado para reñir. Felizmente cada uno tiene sus ideas. Pero te he de enseñar mi máquina en movimiento, y verás que no es cosa tan tonta. Dame noticias. ¿ Están bien tu madre y tus hermanas? ¿ No estuviste para casarte en Plassans hace seis meses?

Un movimiento brusco de Vallagnosc le detuvo, y como éste mirase inquieto al salon, hizo él lo mismo, y vió que la señora Boves no les quitaba ojo. La señorita Blanca, alta y bien formada, se parecia á su madre, pero con la cara ménos majestuosa y más llena. Ante una discreta pregunta, dijo Pablo que no habia nada aún y que tal vez nada habria nunca. Habia conocido á la jóven en casa de la señora Desforges, á donde acudia mucho el anterior invierno, pero poco en el presente, lo que explicaba que no hubiese encontrado á Octavio. Los de Boves le recibian y él gustaba sobre todo del padre, hombre amabilisimo, viejo vividor, que cobraba su retiro. No habia grandes recursos, dado que la señora de Boves no habia aportado más que su belleza de Juno, y la familia vivia mal con el escaso producto de una casa de labor hipotecada, á lo que se sumaban los 9.000 francos que cobraba el Conde como inspector general de remontas. Y aquellas dos señoras, madre é hija, se veian reducidas muchas veces á recomponerse sus vestidos.

— ¿ Entónces, por qué..... — preguntó sencillamente Mouret.

— Pues..... te lo diré — exclamó Vallagnosc con cansado movimiento de párpados. — Porque hay esperanzas: confiamos en la buena voluntad de una tia.

Mouret, que no quitaba ojo de la de Boves, sentada junto á la señora de Guibal, interesado y con la sonrisa equívoca de un hombre en campaña, se volvió á su amigo y guiñó los ojos con aire tan significativo, que este último añadió:

— No, nada de eso..... por ahora al ménos. Lo malo es que su servicio le llama á los cuatro extremos de Francia, á los depósitos de sementales, y que puede sacar mil pretextos para quitarse de en medio. El mes pasado, y mientras su mujer le creia en Perpignan, vivia él en un hotel, en el fondo de un barrio extraviado, con una profesora de piano.

Hubo una pausa. El jóven, que vigilaba los galanteos del Conde con la señora de Guibal, siguió en voz baja:

— Á fe mia, casi tienes razon..... tanto más cuanto que la dama no es muy áspera á lo que cuentan. Se dice que cierto oficial..... Pero mirale; es cómico eso de magnetizarla con el rabo del ojo. ¡ La vieja Francia, querido! Adoro á ese hombre, y bien puede decir que si me caso con su hija será por él.

Mouret se reia divertidísimo. Preguntó más á Vallagnosc, y cuando supo que la primera idea de aquel enlace partió de la señora Desforges, saboreó mejor la historia. Aquella buena Enriqueta se daba un goce de viuda casando á las gentes. Cuando habia provisto á las niñas rogaba á los papás que escogiesen amigas entre la sociedad de su casa; pero esto con las mejores formas y sin dar motivo de escándalo. Mouret, que la amaba como hombre activo y ocupado, hecho á poner en guarismos sus ternuras, sentia en aquel momento por ella verdadera amistad.

En aquel instante se presentó en la puerta del saloncito, seguida de un anciano de más de setenta años, al que no habian visto entrar los dos amigos. Las señoras levantaban la voz á ratos, acompañadas del tintinar de las cucharillas en las tazas de china, y de tiempo en tiempo, en medio de un corto silencio, el golpe de una taza vivamente dejada sobre el velador. Un brusco rayo de sol poniente, que apareció al borde de una nube, doró las copas de los castaños del jardín, y entró por las ventanas en polvo de oro, que encendió el brocatel y el bronce de los muebles.

— Por aquí, querido Barón — dijo la señora Desforges; — os presento al señor Octavio Mouret, que tiene deseo vivísimo de mostraros su admiracion.

Y volviéndose á Octavio, añadió:

— El señor baron Decker.

Los labios del viejo bocetaron una sonrisa. Era hombre pequeño y vigoroso, de cabeza alsaciana, cuyo cutis velado se iluminaba al menor pliegue de la boca ó al más pequeño fruncir de los párpados. Desde hácia quince días resistía á los deseos de Enriqueta, que le pedia aquella entrevista, y no porque sintiese celos exagerados, resignado, como hombre de espíritu fuerte, á hacer su papel de padre, sino porque aquél era el tercer amigo que Enriqueta le presentaba, y temía á la larga el ridículo. Así, pues, al abordar á Octavio tuvo la sonrisa del protector rico, que quiere mostrarse amable, pero no hacer el bobo.

—Caballero—dijo Mouret con su entusiasmo proverbial—la última operacion de *El Crédito Inmueble* ha sido sorprendente. No sabeis el placer que tengo en estrecharos la mano.

—Sois muy amable, caballero, muy amable—repetía el Baron sonriendo.

Enriqueta les miraba con sus claros ojos y sin embarazo alguno. Estaba entre ambos con la cabeza alta y yendo de uno á otro. Con su traje de encajes, que dejaba ver sus delicadas muñecas y su cuello, tenía alegre aspecto al verles tan de acuerdo.

—Os dejo hablar, señores—dijo.

Luégo dijo á Pablo, que permanecía de pié:

—¿Quereis una taza de té, de Vallagnosc?

—Con mucho gusto, señora.

Ambos se fueron al salon.

Mouret ocupó su sitio en el canapé cuando lo hizo el Baron. En seguida atacó el asunto que le urgía. Habló de la nueva vía, de la prolongacion de la calle Reaumur, en la que iba á crear una seccion bajo el nombre de calle del Dix-Decembre, entre la plaza de la Bolsa y la de la Ópera. La utilidad pública hacía diez y ocho meses se habia declarado, nombrado el jurado de expropiacion. Todo el barrio se apasionaba por aquella enorme apertura, interesándose por la fecha de empezar los trabajos y por las casas destinadas á la demolicion. Hacía tres años que él esperaba aquellos trabajos, primero por un movimiento más activo en los negocios, y luégo por ambiciones de engrandecimiento que no se atrevía á confesar: tales proporciones tomaba su sueño. Como la calle del Dix-Decembre debía cortar la calle Choiseul y de la Michodière, veía ya á *La Dicha de las Damas* invadir el solar rodeado por estas calles y la de Neuve-Saint-Augustin, imaginándosele ya con una fachada de palacio sobre la nueva vía, dominador y dueño

de la ciudad conquistada. De aqui su vivo deseo de conocer al baron Decker cuando supo que *El Crédito Inmueble*, por un contrato con la Administracion, tomaba á su cargo el abrir la calle del Dix-Decembre, á cambio de obtener la propiedad de los solares resultantes.

—¿Entregaréis—decía, tratando de parecer sencillo—hecha la calle, con aceras, alcantarillado y alumbrado? ¿Bastarán los solares para indemnizaros? Es curioso eso, muy curioso.

Llegó, al fin, al punto delicado. Supo que *El Crédito Inmueble* compraba secretamente las casas en que se encontraba *La Dicha de las Damas*, no sólo las que habian de demolerse, sino tambien las que debían quedar en pié. Olfateaba en aquello el proyecto de algun futuro establecimiento, y se inquietaba por los ensanches con que soñaba, temblando ante la idea de chocar con una sociedad poderosa y propietaria de inmuebles que no ocultaría. Este temor le habia empujado á buscar un compromiso entre el Baron y él, el amable compromiso de una mujer tan poderosa entre los hombres de natural galante. Pudo haber visto al hacendista en su despacho para hablar del gran negocio que queria proponerle; pero se sentía más fuerte en casa de Enriqueta, sabiendo cuánto aproximá la posesion comun de una querida. Estando los dos en su casa, respirando su amado perfume; tenerla cerca para convencerles con una sonrisa, le pareció una certeza del éxito.

—¿No habeis comprado el antiguo hotel Duvillard, esa antigua construccion que está medianera conmigo?—preguntó al fin bruscamente.

El baron Decker dudó un poco y negó al fin. Pero Mouret se rió mirándole á la cara, y empezó á maniobrar como una buena persona que lleva el corazon en la mano.

—Señor Baron, puesto que he tenido el honor de conoceros, preciso será que me confiese con vos. No os pido vuestros secretos, pero os confiaré los míos, seguro de que están en buenas manos. Necesito, además, de vuestros consejos: hace tiempo que no me atrevía á ir á veros.

Se confesó efectivamente, contando cómo empezó, y sin ocultar la crisis que atravesaba en medio de sus triunfos. Todo desfiló: los ensanches sucesivos, los beneficios puestos en el negocio, las sumas aportadas por sus empleados, el riesgo de la casa, á cada nueva gran venta en las que se jugaba el capital como á una carta. No pedia fondos porque tenía una fe fanática en su clientela. Su

ambición era mayor: proponía al Barón una asociación á la que *El Crédito Inmueble* aportaría el colosal palacio que él veía en sueños, mientras que daría, por su parte, su genio y los fondos del comercio creado ya. Nada le parecía más fácilmente realizable.

—¿Qué haréis de vuestros solares é inmuebles?— preguntaba con insistencia.— Debeis tener, sin duda, una idea ú otra; pero estoy seguro de que vuestra idea no vale lo que la mía. Pensad en ello. Construimos sobre los solares una galería de venta, demolemos los inmuebles, y abrimos los almacenes más vastos de París, un bazar que hará millones.

Y dejó escapar esta confesión de su pecho:

—¡Ah! ¡si yo pudiera pasarme sin vos! Pero lo teneis todo, y yo no tendría los necesarios anticipos. Vamos, es necesario que nos entendamos; lo contrario sería un asesinato.

—¿Cómo correis, querido!— respondió el Barón.— ¡Qué imaginación!

Movía la cabeza sonriendo, y decidido á no devolver confianza por confianza. El proyecto de *El Crédito Inmueble* era el de crear en la calle del Dix-Decembre una competencia al Gran Hotel, un establecimiento lujoso que llamase á los extranjeros por su posición central. Por otra parte, como el hotel debía ocupar solamente parte de los solares, aún podía el Barón acoger la idea de Mouret sobre la superficie sobrante. Pero había conocido á dos amigos de Enriqueta y aflojaba un poco en su papel de protector complaciente. Á pesar de ser apasionado por los jóvenes de genio y de valor, el golpe de audacia comercial de Mouret le admiraba más que le seducía. ¿No era una operación fantástica é imprudente la de aquel gigantesco almacén? ¿No se arriesgaba á una bancarota cierta al extender fuera de medida el comercio de novedades? En fin, que rehusaba.

—La idea es seductora— decía;— pero es idea de poeta. ¿Dónde hay clientela para llenar semejante catedral?

Mouret le miró un instante en silencio, como asombrado de que no aceptase. ¿Era posible? ¡un hombre de tanto olfato que sentía el dinero á gran profundidad! Y de golpe, con elocuentísimo gesto, señaló á las señoras del salón, exclamando:

—¡Esa es la clientela!

Palidecía el sol, y el polvo de oro era un matiz rubio cuyo adios se desvanecía en los tonos de los cortinajes. Á la aproximación

del crepúsculo invadía dulce intimidad el salón. Mientras el señor de Boves y Pablo Vallagnosc hablaban ante una de las ventanas mirando á lo lejos el jardín, se habían aproximado las señoras, formando en el centro un círculo de faldas, del que salían risas, palabras breves, preguntas y respuestas vivas, toda la pasión de la mujer por el gasto y los trapos. Hablaban de *toilettes*, y la de Boves describió un vestido de baile:

—Primero una sobrefalda seda color malva y volantes de Alençon de treinta centímetros....

—¡Es posible!— interrumpió la señora de Marty.— ¡Hay mujeres felices!

El Barón, que había seguido el gesto de Mouret, miró á las señoras por la abierta puerta. Las escuchaba con un oído, mientras el joven, ansioso por convencerle, le explicaba el mecanismo del nuevo comercio de novedades, basado en la renovación continua del capital, que pasaría en géneros sobre los mostradores el mayor número posible de veces al año. De este modo y en este año había pasado su capital de quinientos mil francos cuatro veces, produciendo dos millones de negocio. Una miseria; pero que podría duplicarse, porque estaba seguro de hacer pasar el capital en ciertas secciones hasta quince ó veinte veces.

—Ya comprendéis, señor Barón: todo el mecanismo es éste. Es sencillo, pero he tenido que encontrarlo. No necesitamos gran movimiento de fondos. Nuestro esfuerzo debe dirigirse á deshacernos lo antes posible de la mercancía comprada, reemplazándola por otra, lo que saca otros tantos de interés al capital. Así podemos contentarnos con un pequeño beneficio; como nuestros gastos generales se elevan á la enorme cifra de diez y seis por ciento, y sólo fijamos una ganancia de veinte por ciento, es realmente el beneficio de cuatro. Cuando se opere sobre considerables cantidades de mercancías.... ¿á qué seguir? No hay nada más claro.

El Barón volvió á mover la cabeza. Él, que había acogido las combinaciones más atrevidas, y cuyas temeridades se citaban aún, sin contar los primeros ensayos de alumbrado por gas, estaba inquieto y no cedia.

—Entiendo— respondió.— Vendéis barato para vender mucho, y vendéis mucho para vender barato. Pero es preciso vender, y vuelvo á mi pregunta: ¿Á quién vendéis? ¿cómo manteneis tan colosal venta?

Una voz brusca, venida del salón, cortó las explicaciones de

Mouret. Era la de la señora de Guibal, que prefería los volantes Alençon al tableado.

—Pero, querida—decía la de Boves—el tableado va recubierto también; no he visto nada más rico.

—Me dais una idea—replicó la señora Desforges.—Tengo algunos trozos de Alençon: me falta para el adorno.....

Se apagaron las voces, no siendo más que un murmullo balbuciente. Se oían guarismos, las compras avivaban el deseo, y aquellas señoras adquirían encajes á manos llenas.

—¿Eh?—dijo Mouret en cuanto pudo hablar—se vende lo que se quiere cuando se sabe vender. Nuestro triunfo está ahí.

Entonces, con su meridional verbosidad y con frase ardiente, describió el nuevo comercio. Primero, la potencia duplicada de la reunión de artículos, las mercancías acumuladas en un punto, sosteniéndose entre sí. Nada de antiguo, siempre el artículo de estación, y de mostrador en mostrador, la compradora se veía cogida, comprando aquí la tela, allá el hilo, en otra parte el abrigo, sin contar lo imprevisto, el capricho de lo inútil ó lo bonito. Ponderó en seguida el precio en cifras conocidas. La gran revolución de las novedades empezó por esto. Si el pequeño comercio agonizaba era porque no podía sostener la lucha del bajo precio. Ahora tenía lugar la competencia á los ojos del público. Un paseo por los escaparates establece el precio: cada almacén baja, contentándose con un pequeño beneficio; nada de añagazas ni golpes afortunados de largo tiempo preparados, sobre una tela vendida en el doble de su precio. Operaciones corrientes, un tanto por ciento regular sobre todos los géneros, la suerte fiada al regular funcionar de una venta tanto más amplia cuanto que se hace á la luz del sol... ¿no era una creación admirable?

Revolucionaba el mercado y trasformaba á París, porque salía de la carne y la sangre de la mujer.

—Tengo la mujer; el resto es cosa mía—dijo con tono brutal arrancado por la pasión.

Á aquella exclamación pareció vacilar el Baron. Su sonrisa fué ménos irónica y miró al jóven, seducido por su fe, sintiendo por él un principio de ternura.

—¡Chist!—murmuró paternalmente.—Os van á oír.

Las señoras hablaban á la vez, de tal modo excitadas que no se oían unas á otras.

La de Boves acababa la descripción de su *toilette de soirée*: una

túnica seda malva drapeada y cogida con puntas de encaje; el cuerpo escotado, muy bajo y con puntas de encaje también en la espalda.

—Veréis—decía—me he hecho un cuerpo igual con satén.

—Yo—interrumpió la señora de Bourdelais—he querido más terciopelo..... ¡qué ganga!

—¿Á cómo la seda?—preguntó la de Marty.

Todas las voces sonaron juntas. La de Guibal, Enriqueta y hasta Blanca compraban, cortaban y arreglaban. Era un saqueo de telas, un pillaje de almacenes, un apetito de lujo que salía en *toilettes* soñadas, un goce tal por los trapos, entre los que vivían como el aire tibio necesario á su existencia.

Mouret miró al salón, y en breves frases, dichas al oído del Baron como una confidencia amorosa entre hombres, acabó de explicarle el mecanismo del gran comercio moderno. Entonces apareció la explotación de la mujer. Todo la electriza: el capital renovado sin cesar, el conjunto de géneros diversos, la baratura que llama, el precio en cifras conocidas que tranquilizan. La mujer, que se disputaban en competencia los almacenes, que aturdián por sus escaparates y sus gangas. Habían despertado nuevos deseos en su carne, tentación inmensa en que sucumbía empujando por compras de buena ama de casa y viéndose luego devorada por la coquetería. Doblando la venta democratizaban el lujo, siendo un terrible agente de gasto, trabajando en complicidad con la manía de la moda. Si en la casa era reina adulada en sus debilidades y rodeada de cuidados, en el almacén era la reina enamorada que paga con una gota de sangre cada capricho. Bajo la gracia de su galantería dejaba Mouret ver la brutalidad del judío que vende una mujer: la elevaba un templo, la incensaba con una legión de dependientes, creando el rito de un nuevo culto, no pensando más que en ella, imaginando para ella las mayores seducciones, y cuando la mujer había vaciado su bolsillo y cedido en sus nervios, sentía por ella el desprecio del hombre hácia la querida que acaba de entregarse á él.

—Tened á la mujer—dijo bajo y riendo atrevidamente—y venderéis el mundo.

El Baron comprendía ya. Algunas frases habían bastado: adivinaba el resto, y una explotación tan galante le enardecía, removiendo su pasado de vividor. Guiñaba los ojos con aire de inteligencia, acabando por admirar al inventor de aquel mecanismo para devorar mujeres.

Era notable, sí; pero expuso la idea misma de Bourdoncle, idea que le sugirió su vieja experiencia:

—¿Y estais cierto de conquistarlas?

Mouret se encogió desdenosamente de hombros. Le pertenecían, eran su propiedad, no siéndolo él de ninguna. Cuando hubiese sacado de ellas su fortuna y sus placeres, las arrojaría en montón á los que aún pudieran explotarlas. Era un desden razonado de meridional y de especulador.

—Bueno, querido Baron—dijo en conclusion, ¿queréis venir conmigo? ¿Os parece posible el negocio de los solares?

El Baron estaba medio conquistado, pero no quería comprometerse aún. Una duda quedaba en el fondo de la fascinación que sentía, é iba á responder evasivamente, cuando un llamamiento apresurado de las señoras le evitó este trabajo. Las voces decían, entre ligeras risas:

—¡Señor Mouret, señor Mouret!

Y como éste, contrariado, se hiciera el sordo, la de Boves se puso en pié y llegó á la puerta del salón.

—Os llaman, señor Mouret. No es galante esconderse en los rincones para hablar de negocios.

Mouret se decidió á ir, con un aspecto de alegría que maravilló al Baron. Se levantaron los dos y pasaron al salón.

—Estoy á sus órdenes, señoras—dijo al entrar, con la sonrisa en los labios.

Murmullo triunfal le recibió. Adelantó y las señoras le hicieron sitio entre ellas. Acababa de ponerse el sol tras los árboles del jardín, llegaba la noche y la sombra invadía poco á poco el salón. Era la dulce hora del crepúsculo, ese minuto de discreta voluptuosidad en las casas parisienses, entre la claridad que se apaga en la calle y la luz de las lámparas no bien encendidas. El señor de Boves y Vallagnosc, siempre en la ventana, proyectaban sobre la alfombra un trozo de sombra. Inmóvil entre la claridad de la otra ventana se veía al señor de Marty, que había entrado discretamente hacía un momento, con su pobre perfil, su redingot, su rostro descolorido en el profesorado, y al que la conversacion de aquellas damas acababa de aburrir.

—¿Es, por fin, el lunes la gran venta?—preguntó precisamente la de Marty.

—Sin duda, señora—respondió Mouret con su voz fina de actor, que usaba siempre que hablaba con mujeres.

—Ya sabéis que iremos todas. Se dice que preparais maravillas—dijo Enriqueta.

—¡Oh, maravillas!—contestó Mouret con tono de modesta fatuidad.—Trato sencillamente de ser digno de vuestros votos.

Le anonadaron á preguntas. La de Bourdelais, la de Guibal y hasta Blanca querían saber algo.

—Vamos, dadnos detalles—dijo la de Boves.—Nos haceis morir de curiosidad.

Le rodearon, cuando Enriqueta hizo notar que aún no había tomado ni una taza de té. Cuatro mujeres se pusieron á servirle á condicion de que contestaría pronto. Enriqueta servía, la de Marty tenía la taza y las de Boves y Bourdelais se disputaban el honor de ponerle azúcar. Luégo, cuando rehusó sentarse y se puso á beber lentamente el té en pié, todas le rodearon en un estrecho círculo de faldas, sonriéndole con las cabezas levantadas.

—Vuestra seda *Paris-Bonheur*, de que hablan todos los periódicos.....—empezó impaciente la señora de Marty.

—Un artículo extraordinario—respondió Mouret.—Una faya de grano grueso, flexible y sólida. No la encontraréis más que en nuestra casa, porque hemos comprado la propiedad exclusiva.

—¡Seda buena á cinco francos sesenta céntimos!—dijo la de Bourdelais entusiasmada.—¡Es increíble!

Esta seda tenía en su vida lugar considerable desde que se hicieron los reclamos. Hablaban de ella dominadas por el deseo y la duda. Bajo la charla curiosa con que pesaban sobre el joven aparecían sus temperamentos particulares de compradoras. La de Marty, llevada por su frenesí de gastar, lo tomaba todo en *La Dicha de las Damas*, sin mirar; la de Guibal se paseaba horas enteras sin comprar nada y dando simplemente gusto á la vista; la de Boves, escasa de medios, torturada siempre por la envidia y guardando ojeriza al género que no podía adquirir; la de Bourdelais, con su olfato de burguesa astuta y práctica, se iba derecha á las gangas, comprando con tal destreza en los grandes almacenes, que ni sentía fiebres ni dejaba de realizar economías; Enriqueta, por último, como mujer elegante, sólo adquiría allí ciertos artículos: guantes, género de punto y lencería.

—Tenemos otros tejidos que asombran por su baratura y riqueza—siguió Mouret con su voz armoniosa.—Os recomiendo nuestro *Cuir d'Or*, tafetan de un brillo incomparable. En sedas de fantasía hay dibujos caprichosísimos, escogidos entre mil por

nuestro comisionista, y si es en terciopelos encontraréis la colección más rica en matices. Os advierto que este invierno se llevará mucho el paño. Veréis nuestras chiviots y ratinas....

Las damas no le interrumpian, cerrando aún más el círculo, con la boca entreabierta por leve sonrisa y el rostro sin una contracción, como una aproximación de sus seres hacia el tentador. Se adormecian sus ojos y ligero estremecimiento corría por sus cuerpos. Y él guardaba su calma de conquistador entre el ambiente perfumado que subía de ellas. Continuó bebiendo entre cada frase un sorbito de té, cuyo aroma debilitaba aquel ambiente acre, en el que había algo de embriagador. Ante una seducción tan dueña de sí misma y bastante fuerte para jugar así con la mujer sin embriagarse con ella, sintió crecer su admiración el baron Decker, que no quitaba ojo del joven.

—¿Vais á pedir paños, según eso?—replicó la de Marty con el rostro embellecido por la pasión y la coquetería.—He de verlos.

La señora de Bourdelais, que miraba con sus claros ojos, dijo á su vez:

—La venta de retales es el jueves en vuestra casa, ¿verdad? Esperaré para vestir á mi chiquillería.

Y añadió volviendo su fina cabeza rubia hacia la dueña de la casa:

—¿Sigue vistiéndote Sauveur?

—Sí—respondió Enriqueta.—Sauveur es cara, pero no hay en París quien sepa hacer un corpiño como ella. Y tiene, ó tiene el señor Mouret, mejor dicho, los dibujos más bonitos, dibujos que no se ven en todas partes.

Mouret sonrió discretamente y dió á entender que la señora Sauveur compraba las telas en su casa. Tomaba algunos dibujos directamente en las fábricas, asegurando la propiedad de ellos; pero en sederías negras, por ejemplo, aprovechaba las ocasiones de *La Dicha de las Damas*, haciendo acopios, que vendía duplicando ó triplicando el precio.

—Estoy seguro de que sus compradores se nos llevarán nuestra *Dicha de las Damas*. ¿Cómo suponeis que pague esta seda más cara en fábrica que en nuestra casa? La damos perdiendo, bajo palabra de honor.

Aquel fué el golpe final. La idea de vender género con pérdida avivaba en ellas el deseo de la mujer que compra creyendo que

roba al vendedor. Mouret las supuso incapaces de resistir la baturra.

—Pero no todo lo damos por nada—exclamó alegremente tomando el abanico de la señora Desforges de encima del velador.

—Por ejemplo: no sé qué habrá costado este abanico....

—El chantilly veinte francos y doscientos la montura—dijo Enriqueta.

—Bien; el chantilly no es caro. Nosotros lo tenemos igual á dieciocho francos. Pero la montura, querida señora, es un robo inicuo. Yo me comprometo á tener uno igual por noventa francos.

—Ya lo dije yo—exclamó la de Bourdelais.

—¡Noventa francos!—dijo la de Boves.—Preciso es no tener un sueldo para pasarse sin él.

Cogió el abanico y lo examinó nuevamente con su hija Blanca. En su rostro y en sus ojos soñadores se veía la envidia contenida ante un capricho que no podía satisfacer. Por segunda vez dió la vuelta al abanico entre un cúmulo de observaciones. El señor de Boves y Vallagnosc habían abandonado la ventana. Miétras el primero volvía á colocarse detras de la señora de Guibal, cuyo corpiño abría con el pensamiento, el joven Vallagnosc se inclinaba sobre Blanca tratando de hallar una palabra amable.

—Esta montura blanca con este encaje negro es un poco triste, ¿no es cierto?

—Yo he visto—repuso ella con tono grave y sin que su rostro se animase—uno de nácar y pluma blanca.... ¡Qué bonito!

El señor de Boves, que vió la mirada de deseo con que su mujer seguía al abanico, terció, al fin, en la conversacion.

—Estos chirimbolos en seguida se rompen.

—No me habéis de eso—dijo la de Guibal con su gesto sonrosado—estoy cansada de componer los míos.

Desde hacia un rato movía la señora de Marty su saquito sobre las rodillas, excitada por la conversacion. No había podido enseñar aún sus compras, y sentía como deseo sensual de mostrarlas. Olvidó bruscamente á su marido, abrió el saquito y sacó unos cuantos metros de encaje arrollados sobre carton.

—Este valencienno es para mi hija—dijo.—Tiene tres centímetros y es precioso, ¿verdad? Un franco noventa céntimos.

El encaje pasó de mano en mano. Mouret afirmó que vendía aquellas guarniciones á precio de fábrica. La señora de Marty había cerrado el saquito como para esconder cosas que no se en-